

ct

La chica de la agencia de viajes nos dijo que había piscina en el apartamento

de
Pablo Gisbert

(fragmento)

Tengo dos toallas: ésta o ésta. ¿Cuál prefieres? Estamos muy blancas, he comprado crema factor 50 para que no volvamos con la cara hecha un tomate. Deberíamos visitar algo. ¿Un museo o un zoológico? ¿Qué te apetece? Quiero contarte una cosa: cuando un hombre inteligente sabe que es inteligente, inmediatamente se convierte en un hombre malvado. Porque nada bueno puede salir de una persona inteligente que sabe que es inteligente. Sólo podemos observar, sin poder hacer nada, cómo va construyendo el mundo a su favor. Es imposible dominar la inteligencia, la inteligencia siempre utiliza al hombre, busca su triunfo y va a estar en contra de las demás inteligencias. Y ahí empieza la batalla de siempre. La inteligencia va en contra de las personas. La inteligencia derrota a la humanidad. La mata. Las personas más inteligentes que he conocido han sido destruidas por ellas mismas, incluso sabiendo desde el primer día cómo iba a acabar la historia. Sabemos que la realidad se inventa, y el hombre inteligente, que lo sabe, cada día fabrica un mundo donde él y su inteligencia puedan vivir de puta madre a pesar de todo, como en un resort. Por eso el desastre del mundo nos da tan igual, porque estamos gobernados por una decisión superior, divina e imperturbable que nos lleva por el camino de la amargura: sobrevivir y ser feliz, ante todo. Es imposible conducir la inteligencia hacia un bien común, hacia una idea más o menos buena para todos. La inteligencia es el mal del mundo. Y las empresas, los puticlubs, los gobiernos, los gimnasios, los juzgados, los locutorios, las farmacias, las comisarías, los Cash Converters, las iglesias, los Mercadonas, están gestionados, todos, por gente extremadamente inteligente. Y después, a una cierta edad más o menos adulta, la inteligencia baja la persiana, se despide y te deja absolutamente en bolas, a solas contigo mismo, es decir, sin nada más que un cuerpo cansado y las experiencias que hayas tenido con él. Y ves cómo la gente se va abandonando poco a poco, y ya le importa una mierda eso de sobrevivir y ser feliz ante todo. Y se arrastran y se quejan y molestan y van hechos un pingo por la calle y dicen unas barbaridades de aúpa. Y, cómo no, como ya no tienen perspectiva de futuro, te hablan de su perspectiva de pasado. Y te digo una cosa sin que te sepa mal: tú y yo somos dos personas inteligentes y lo sabemos, y eso nos convierte inmediatamente en personas malvadas. Tú y yo somos dos hijas de puta. Porque intentamos constantemente torcer la suerte a nuestro favor para conseguir lo que deseamos. Pero te quiero decir otra cosa: no todo el mundo es así. No todo el mundo es así. Existen hombres buenos. Sólo los hombres y las mujeres inteligentes que no saben que son inteligentes actúan como verdaderos seres humanos. Ellos, sin saberlo, sin aprovecharse de esto, son extremadamente justos. Pero no lo saben. Y siento entre alegría y pena cuando compruebo que están en el mundo y no viven necesariamente para ellos: no están aquí únicamente para sobrevivir y ser felices ellos solos. Se mueven de otra forma, hablan de otra forma, no tienen doble línea de pensamiento, no te van a llevar a su terreno. Su inteligencia no les coarta. Y por eso ves que serían capaces de renunciar a la comida que están a punto de llevarse a la boca sólo para dártela. Sus acciones son absolutamente desinteresadas y, sin querer, brillan. Están por las ciudades o por los pueblos, da igual. Y si te digo la verdad, cuando me encuentro con alguno de ellos y me hablan, como si fueran animales en extinción, me da pena mirarlos.